

EL FACTOR RELIGIOSO EN LA CRISIS POLACA

Por JOAQUÍN GARCÍA ROCA

Cometeríamos una grave equivocación histórica si diéramos por finalizada la reflexión y el debate sobre la crisis polaca. Cuando la noticia ha abandonado la primera página de los periódicos y la perplejidad domina aún en los observadores, llega la hora de dejarse interpelar por los acontecimientos polacos (1).

El verano polaco de 1980 ha sido ya calificado como el más amplio y profundo movimiento social en la historia del campo comunista (2), el nuevo Stalingrado de la nueva clase que supera con creces la significación del mayo francés (3), el compromiso histórico por excelencia (4), el fin de la fase primitiva del socialismo (5), la tercera vía entre las viejas políticas socialdemócratas y el socialismo real (6), las cuentas de la historia

(1) El presente artículo entra en imprenta el día 16 de diciembre, fecha en que se celebra en Polonia la inauguración del monumento en memoria de los obreros muertos en los acontecimientos de 1970. Para su confección hemos utilizado las crónicas de *Lé Monde*, *Corriere della Sera*, *El País*, *Die Welt*, *Frankfurter Rundschau*.

(2) Esta apreciación es compartida por todos los periódicos anteriormente citados.

(3) Cfr. Lorenzo Sanz y Anabitarte Ribas: "¿El límite del socialismo blindado?", en *Bicicleta*, 32, octubre 1980, pág. 45.

(4) Schleicher, H.: "Ein historischer Kompromiss", en *Frankfurter Rundschau*, 1 septiembre 1980, pág. 3.

(5) Rita di Leo: "Stalin è morto ai cantieri Lenin", en *La Repubblica*, 3 septiembre 1980, pág. 6.

(6) Napolitano, Giorgio: "La società socialista in Polonia", en *La Repubblica*, 23 agosto 1980, pág. 2.

con la revolución leninista (7), el socialismo perdido (8) o la esperanza reencontrada (9).

Un acontecimiento de esta amplitud histórica permite variedad de lecturas en cuanto revela muchos problemas. No cabe duda que está en juego la relación entre socialismo y democracia, la posibilidad de evolución de los regímenes comunistas, el significado del protagonismo obrero, y las «vías nacionales al socialismo».

En el área del catolicismo más receptivo se han abierto nuevos interrogantes. Cuando se había establecido definitivamente la secularización del mundo obrero, nos llenan de perplejidad los símbolos religiosos ante las fábricas; cuando se había establecido la autonomía del laicado como fenómeno irreversible, nos llena de perplejidad la presencia eclesial en la huelga polaca; cuando se había establecido la distinción entre fe y religión, nos encontramos con una fisonomía profundamente religiosa (10).

Todo parece indicar que las cuentas con el hecho religioso todavía no se han saldado ni clausurado. Está ahí y esta vez quizá desmontando viejos esquemas. Y no sólo ni primariamente como un hecho intraeclesial, sino también como un desafío a la izquierda. El socialismo necesita hoy no saldar rápidamente las cuentas con el hecho religioso. A abrir esta problemática se orientan estas reflexiones.

Para ello habrá que empezar por renunciar al tópico aprendido y aceptar la complejidad de lo real. Todavía no parece que estemos dispuestos a ello si observamos la recepción española de la crisis polaca en lo que respecta al papel del factor religioso. El lector español se ha visto sometido en este aspecto a la repetición de viejos estereotipos:

a) *'El tópico de la demonización*

Se trata en este esquema de repartir papeles. La única sorpresa para el lector consiste en adivinar quién juega en cada caso el papel de de-

(7) Strada, V.: "La rivoluzione leninista fa i conti con la storia", en *Corriere della Sera*, 26 agosto 1980, pág. 4.

(8) Heigert, H.: "Der Verlorene Sozialismus", en *Süddeutsche Zeitung*, 23-24, 1980, pág. 4.

(9) Pomian, K.: "L'espoir retrouvé", en *Le Monde*, 3 septiembre 1980.

(10) La revista *Com Nuovi Tempi*, "settimanale di fede, politica, vita quotidiana", constituye una excelente expresión de estos interrogantes. Cfr. Gentiloni, F.: "La lezione? addio ai facili schemi", en *Com Nuovi Tempi*, 29, 21 septiembre 1980, pág. 9. Entre nosotros se leerá con interés la Editorial "Comin i Polònia", en *Correspondència de diàleg eclesial*, 192, septiembre 1980, págs. 3-4, que traduce la recepción de la crisis polaca y las preguntas que suscita en el catolicismo más progresivo.

monio: para unos el comunismo, para otros la religión. El esquema es idéntico en cuanto a lógica de la confrontación: dos enemigos irreconciliables se enfrentan para defender su propia subsistencia y llegan a declararse recíprocas cruzadas de exterminio. Se sigue pensando que el régimen comunista es un agente de ateización directa y que la Iglesia es monolítica, ligada al sistema capitalista y a sus intereses de grupo (11).

El esquema no resiste a los hechos. El contexto de esta crisis no ha sido la ortodoxia estalinista ni la Iglesia preconiliar (12). No hay con respecto a la religión una política de violencias ni de persecuciones, sino tolerancia e incluso colaboración en objetivos parciales. Por su parte, los problemas que tiene hoy planteados la Iglesia no proceden de un régimen político hostil, sino del proceso de modernización y de evolución de la sociedad: la urbanización acelerada, el despegue de una cultura agrícola, con cambios ostensibles de vida y signos claros de indiferencia religiosa (13).

b) *El tópico de la acomodación*

Le ha correspondido esta vez a la izquierda parlamentaria recordar a sus lectores que el papel de la Iglesia en la crisis polaca es un capítulo más de la estrategia católica, esto es, apoyar al poder sea del color que sea con tal de subsistir. Su actuación «es comprensible si se tiene en cuenta que la Iglesia polaca vive instalada en el régimen de su país, de la misma forma que las Iglesias de los países occidentales en sus respectivos regi-

(11) La lógica de la confrontación subyace veladamente cuando se afirma que «es el pueblo polaco el que opone el Papado al marxismo». Cfr. «¿El Papa contra Marx?», en *Sábado Gráfico*, 1.213, 3 septiembre 1980, pág. 29. Abiertamente se afirma la confrontación en los comentarios de la IV Internacional: «La Iglesia es la fuerza política que aglutina a los sectores que buscan la restauración del capitalismo». Cfr. Lepage, V.: «La marcha de la revolución política en Polonia», en *Correspondencia internacional*, 1, octubre 1980, pág. 3.

(12) Es evidente que bajo la ortodoxia estalinista la Iglesia tuvo que luchar por su libertad religiosa y política. Es evidente que el Estado intentó decapitar a la Iglesia impidiendo el nombramiento de obispos —ahí está el proceso espectacularmente orquestado a Mons. Kaczmarek—, limitar su influencia impidiendo la prensa católica y su presencia educativa e incluso mediante detenciones de obispos y sacerdotes —ahí está la detención de Mons. Wyszynski en 1953—. Todavía en 1976 se habla de «estirpar la religión de la conciencia» cuando se establece la política gubernativa con respecto a la religión en circulares del director de Cultos. Cfr. «Nouvelles dispositions gouvernementales concernant l'Eglise catholiques en Pologne», en *Istina*, 1977, págs. 330-359.

(13) Cfr. Vaucelles, L.: «Les relations Eglise-Etat en Pologne», en *Etudes*, 351, noviembre 1979, págs. 449-459.

menes» (14). O advertir que la Iglesia católica «tiene mucho que perder y poco que ganar en el conflicto» (15).

Es cierto que la postura pública de la Iglesia conoció distintos momentos, desde la presencia incondicional con los huelguistas hasta la invitación a la cesación de la huelga, pasando por un prudente silencio. De ello nos ocuparemos en la última parte. Tan sólo observar aquí que si se tratara de una simple acomodación habría que tildarla de ingenua y de suicida, y en este supuesto mostrar cómo pudo ser tan eficaz. Ingenua porque de querer una acomodación debería haberlo hecho con mayor ostentación subiendo al carro de los vencedores, y no lo hizo. Y suicida porque sus apoyos no coinciden con la oscilación del poder, sino más bien coincide con la política gubernamental en el momento en que pierde toda su fuerza social, y con los huelguistas cuando sus reivindicaciones no son escuchadas. No parece ser éste el *tempo* de la acomodación.

c) *El tópico de la neutralización*

El área liberal española no se ha querido enterar de la presencia del factor religioso en la crisis polaca. El silencio al respecto ha caracterizado sus comentarios. Todo se explica allí sin el menor recurso a la hipótesis religiosa; pero es evidente que entonces no salen los hechos. Las fotografías orquestadas por las grandes agencias en las que se ven confesiones, invocaciones a la Virgen, fotos del Papa..., han hecho un mal servicio al esquema de la neutralización por el silencio.

Ningún observador serio de la crisis ha podido pasar por alto la presencia del factor religioso. Nadie ha dudado de la participación activa de la Iglesia en la gestión del conflicto, ni nadie ha creído que en Polonia se pudiera prescindir del factor religioso. De su capacidad de maniobra esperaban casi todos la salida de la crisis (16).

d) *El tópico de la utilización*

El factor religioso ha estado según estos presente, pero ha tenido un simple carácter instrumental. El movimiento obrero polaco no es de

(14) Cfr. Merino, A.: "Gobierno y comités, en el filo de la navaja", en *El Socialista*, 168, 27 agosto - 2 septiembre 1980, pág. 37.

(15) Cfr. Romero, V.: "¿Es posible un cambio?", en *La Calle*, 128, 2-8 septiembre 1980, pág. 28.

(16) Entre nosotros, sólo el Comité Ejecutivo del PCE evaluó de manera positiva "la actitud moderada de la Iglesia católica que ha contribuido a la solución de los conflictos" (Declaración del Comité Ejecutivo del 9 de septiembre de 1980). Cfr. *Mundo Obrero*, 92, 12-18 septiembre 1980, pág. 21.

inspiración católica, y si utiliza la simbología religiosa es como instrumento de defensa y de identificación nacional. En casos extremos «los pueblos recurren a buscarse aliados» (17). Algo parecido a como sucedió en la España franquista que «el anticlericalismo hispánico celebraba sus reuniones en las Iglesias o los vascos solicitaban de los curas la referencia en sus homilias». La prueba es que después se abandona ese «peligroso aliado».

Esta lectura de los hechos se la debemos al intento de una «lectura libertaria del verano polaco» que ha presentado la revista de comunicaciones libertarias *Bicicleta*: Si los elementos religiosos del verano polaco son superficiales, provisionales y meramente tácticos desaparecerán pronto tras la victoria. El problema es si los protagonistas estarían de acuerdo con esta lectura de su fe religiosa.

Parte primera

EL CONTEXTO GENERAL DE LA CRISIS

1. La hipoteca de la geopolítica

La seguridad nacional aparece hoy íntimamente ligada a la situación geopolítica. Se sabía desde antiguo que los factores geográficos influyen en la vida y en la evolución de los estados. Que de esos factores se pueden extraer conclusiones de carácter político es una realidad que se impone desde el principio de las guerras mundiales. Que los factores geográficos determinan con forzosidad casi mecánica la política de los países se convierte en un axioma político desde la aparición de los dos bloques antagonicos que se reparten las zonas de influencia. La política internacional ha convertido a la geopolítica en clave de interpretación: «a tal situación geográfica, tal política, y a tal política de bloque, tal seguridad nacional».

La geopolítica se ha mostrado particularmente determinante en la crisis polaca. El fantasma de la invasión soviética recorría Europa, y de este modo la conciencia colectiva reconocía la validez —en este caso el temor— de las tesis geopolíticas. El destino de Polonia era inseparable de la bipolarización entre los bloques antagonicos, reforzado en este caso por su situación de gozne entre el Este y el Oeste: Polonia abre el Este y cierra el Oeste. Uno y otro han tratado alternativamente de someter el espacio

(17) Cfr. Martínez Alier, J.: «Contra la burguesía roja», en *Bicicleta*, 32, octubre 1980, págs. 46-48.

polaco. En ningún caso Polonia puede ser entendida fuera del antagonismo fundamental que divide el mundo entre oriente comunista y el occidente democrático. No es casual que Polonia ocupe el primer puesto en las prioridades de la Ostpolitik alemana, particularmente significativo por lo que el canciller Schmidt ha definido como «el papel de las medianas potencias en Europa». Un papel que llega a ser fundamental cuando el diálogo o la distensión entre las superpotencias se interrumpe o se debilita.

La forzosidad de las tesis geopolíticas, y su correspondiente expresión popular en forma de invasión militar, ha sido percibida, reconocida y afirmada por todos los agentes implicados en la crisis.

La URSS interviene insistentemente en la crisis. Por una parte afirma su confianza en que los polacos podrán resolver por ellos mismos sus problemas, pero no le impide desplegar una triple estrategia de intimidación: a) la advertencia continua al gobierno polaco acerca de los límites insuperables de la reforma, esto es, el papel dirigente del partido comunista, las alianzas internacionales y el carácter socialista del régimen; b) la denuncia incesante de «elementos antisocialistas» en el movimiento obrero, y c) el despliegue de operaciones militares en las fronteras polacas. El momento culminante de la estrategia queda recogido en la declaración de los jefes de Estado de los países del Pacto de Varsovia (6 de diciembre), en el que se expresa «la solidaridad fraternal y la ayuda de los países firmantes del Pacto de Varsovia» a la vez que se ratifica que «Polonia ha sido, es y será un Estado socialista, una red sólida de la familia socialista» (18).

El *Gobierno polaco*, por su parte, insiste en que la seguridad de Polonia como nación está ligada al bloque comunista. En el origen de la crisis, el entonces primer ministro Babiuch recordaba el 15 de agosto por televisión cómo experiencias anteriores habían terminado bajo la invasión soviética; Gierek, entonces secretario general, afirmaba el 18 de agosto que «sólo una Polonia socialista puede ser libre e independiente con fronteras inviolables»; Kania, ahora secretario general, afirmaba ante el VII Pleno el 2 de diciembre que «es necesario detener toda actividad que debilite al Estado popular y represente una amenaza de desestabilización para la paz en Europa». Es la geopolítica quien obliga al gobierno a aceptar la existencia del sindicato independiente e integrarlo al cuadro político con el fin de evitar el caos que justificaría «el derecho» de intervención soviética.

(18) El comunicado ha sido publicado íntegramente por *Le Monde* del 7-8 diciembre, pág. 2.

El *movimiento obrero* es consciente del límite insuperable de la negociación y de los estatutos de los nuevos sindicatos. En ningún momento cuestionan sus alianzas internacionales y se cuidan mucho de subrayar el carácter meramente sindical de sus reivindicaciones. «No queremos de ningún modo —afirmará Lech Walesa en los primeros días de la crisis— poner en peligro las alianzas internacionales de la Polonia Popular: quien en esta sala los discuta será inmediatamente interrumpido.» El *protocolo* final firmado entre el Comité interempresas y el Gobierno se compromete a «respetar los principios definidos en la Constitución, a no desempeñar un papel de partido político, a fundarse sobre el principio de la propiedad social de los medios de producción, a reconocer que el POUP desempeña un papel dirigente en el Estado, y a no oponerse al sistema existente de alianzas internacionales» (19). Este propósito les obliga a distanciarse abiertamente de la oposición política al régimen. En el último comunicado emitido en el momento más álgido de la crisis (11 de diciembre), el sindicato Solidaridad hace constar que «comparte plenamente la convicción de las autoridades», esto es, «garantizar los compromisos que derivan de las alianzas de Polonia» (20).

Los *intelectuales disidentes*, incluso aquellos que habían mantenido las posturas más contrarias al régimen comunista, aceptan de inmediato la tesis fundamental de la geopolítica; no se puede cuestionar la pertenencia al bloque socialista. La complejidad de la situación se expresa en su silencio. Quiénes hasta entonces habían animado una enorme efervescencia contra el poder, aparecen insólitamente reservados. La Unión de Escritores calla. La situación no admite exasperaciones polémicas. El problema para ellos consistía en optar, como advertía Smolar, entre «la pequeña apocalipsis» (régimen de tolerancia en el interior de un régimen totalitario) y la «gran apocalipsis» (intervención soviética y resistencia armada) (21).

Occidente se rinde también a la forzosidad de la geopolítica, en sus observadores más lúcidos. Por primera vez los gobiernos occidentales corren en ayuda de un régimen comunista y se ofrecen a sostenerlo con toda su capacidad financiera. Y en esto no hay distinción de color o de ideología, coinciden el Bank of America, la Casa Blanca al mostrarse preocupada por la posible extensión del movimiento a otros países, la

(19) Corresponde al número 1,2 del Protocolo firmado el 31 de agosto en Gdansk. El texto íntegro ha sido publicado por *Mundo Obrero*, 92, 12-18 septiembre 1980, pág. 19 y siguiente.

(20) Cfr. *Le Monde*, 12 diciembre 1980, pág. 4.

(21) Smolar, A.: "Que peut faire l'opposition", en *Le Monde*, 2 septiembre 1980, pág. 4.

Ostpolitik alemana, la Internacional socialista y el eurocomunismo. Como advertía Duverger, los acuerdos de Helsinki han reconocido prácticamente las fronteras que separan el Este y el Oeste, y «nadie sueña en cuestionarlas ya que nadie contempla en frío la perspectiva de una apocalipsis atómica» (22).

POSICIÓN DE LA IGLESIA

También la Iglesia se mostraría profundamente sensible a la problemática de la geopolítica y a su expresión popular en forma de intervención militar soviética.

Tres contrapuntos hace valer el cardenal Wyszyński en su homilía del 26 de agosto (23): el argumento histórico de una vieja nación, el argumento político del equilibrio europeo y el argumento ético de los límites de los pactos y de los bloques. Basta acudir a la memoria histórica de la nación para observar cómo «las raíces de nuestra existencia nacional alcanzan al siglo X... Ocupamos en consecuencia un territorio al cual van unidos nuestros derechos».

Las exigencias del equilibrio político en Europa invisten de gran responsabilidad «al grupo de naciones de estirpe eslava». El Cardenal hace suya la opinión que el equilibrio entre los modernos estados europeos «fue desarticulado hace dos siglos cuando se realizó el reparto de Polonia. Entonces se iniciaron las desventuras de Europa, las continuas guerras y los desórdenes. La reconstrucción de Polonia, y de las otras naciones eslavas, la restitución de su libertad ha iniciado la renovación y el refuerzo del equilibrio político». Sólo en la medida que Polonia sea independiente, «existirá el equilibrio político». Tenemos, viene a decir el Cardenal, una gran responsabilidad como nación, pero «para poder cumplir nuestra tarea nos es indispensable la soberanía nacional, moral, social, cultural y económica».

Alude igualmente el Cardenal a la situación de hecho: «Hoy no hay una plena soberanía entre las naciones ligadas por razón de pactos y en varios bloques.» Frente a ello es necesario recordar «los límites de estos pactos, esto es, los límites de responsabilidad por la propia nación, por sus derechos, y en especial por su derecho a la soberanía». Desde ella será posible redescubrir «el vivir y el convivir en recíproca estima, la

(22) Duverger, M.: "Varsovie et Helsinki", en *Le Monde*, 11 diciembre 1980, pág. 2.

(23) La homilía ha sido íntegramente reproducida por *Il regno. Documenti*, 426, 1980, págs. 420-424.

ayuda como vecinos, fraternal y benévola, que respete los derechos de cada nación a satisfacer sus propias necesidades».

Un gran valedor de la nación polaca entra en escena, Juan Pablo II. Es consciente de su responsabilidad en la crisis, subrayada por los comentaristas, quienes ven en el viaje del Papa a Polonia un claro desencadenante de la crisis (24). El Papa expresa de continuo su proximidad «en estos días difíciles». Ya el 20 de agosto, ante novecientos turistas que solicitan unas palabras en Castelgandolfo, el Papa utiliza unas oraciones tradicionales de la liturgia polaca «para que la Patria goce de seguridad y sea liberada de todo mal y de todo peligro». Con sorpresa de todos y con un gesto que anuncia ya posteriores comportamientos, entona el himno popular que se cantaba bajo la ocupación nazi y donde se hace explícita referencia a la libertad de la Patria: «bendice, Señor, la Patria libre».

Le va a corresponder al Papa llevar al máximo el argumento que cuestiona la forzosidad de la geopolítica, al solicitar para Polonia el derecho a la independencia al cual se ha hecho acreedor en su larga historia.

En su intenso seguimiento de la crisis aprovecha todas las ocasiones para exorcizar el peligro de la intervención militar. El 8 de diciembre, cuando los rumores sobre la invasión soviética son más intensos, en su tradicional visita a la plaza de España denunciará públicamente «esas noticias que esperamos no se confirmen».

La fuerte simbólica desplegada por el Papa, y los argumentos utilizados por el Cardenal encuentran en el Consejo central del episcopado polaco (26 de agosto) su traducción posibilista. Se afirma por una parte «como imperativo del momento encontrar una rápida solución a la crisis». Ante el riesgo de la intervención se solicita «un diálogo que esté disponible a encontrar soluciones aceptables por ambas partes». Sin dejar de establecer de manera inequívoca el derecho a solucionar sus problemas sin injerencias extranjeras: «los polacos deben saber entenderse entre ellos y resolver solos sus problemas en su propia casa» (25).

En la carta pastoral que debía ser leída el 14 de diciembre en todas las parroquias, ante la «realidad» de una intervención soviética, el Episcopado lanza una llamada a la unidad: «es necesario unir to-

(24) Entre nosotros puede verse la editorial de *El País* del 21 de agosto de 1980: «la espectacular y prolongada visita de Wojtyla tiene mucho que ver con la situación actual». Igualmente Stehle, H.: «Papst, Primas und Polen», en *Die Zeit*, 22 agosto 1980, pág. 6.

(25) El texto íntegro puede verse en *Il regno. Documenti*, 426, 1980, pág. 424.

dos los esfuerzos con el fin de garantizar la institución del Estado y la soberanía de la patria». «Ante el riesgo de una nueva pérdida de nuestra libertad» exigen «responsabilidad, ponderación y prudencia». E incorporan una oración para ser recitada por los creyentes cuyo texto es sumamente significativo de la intención de los obispos: «Concédenos el espíritu de la paz y de la razón para que no haya derramamiento de sangre ni guerra; defiéndenos para que no perdamos nuestra libertad que ha sido adquirida por el elevado precio de la sangre de nuestros padres» (26).

2. La situación económica

En el origen del movimiento obrero polaco subyace la profundidad de una crisis económica que viene reconocida por igual tanto por los obreros como por el Gobierno. Al menos seis de las veintiuna reivindicaciones muestran el tenor económico del malestar: escasez de productos de primera necesidad, aumento de precios, elevación de pensiones, reducción de horarios. Por su parte, Giereck, entonces secretario general, reconocía en su primera intervención «la necesidad de cambiar las estructuras de la producción con el fin de satisfacer las necesidades de la población». Apreciación que será ratificada por Kania, el nuevo secretario, el 5 de septiembre ante el Pleno del Comité Central (27).

La profundidad de la crisis no puede ser explicada por la crisis general de la economía, aunque venga agravada por ella, ni puede inculparse al retraso de la industrialización (28). Es necesario aludir a la peculiaridad del crecimiento industrial de Polonia, a la «mala gestión económica» y a «los errores importantes en la política económica», como se reconocería en el juicio crítico contra Giereck en el VII Pleno del Comité Central.

(26) El texto viene transcrito en *Le Monde*, 14-15 diciembre 1980, pág. 2.

(27) «Las huelgas de los últimos meses no se han dirigido contra los principios del socialismo ni contra las alianzas de Polonia, ni contra el papel dirigente del partido, son más bien la expresión del descontento obrero provocado por los errores importantes en la política económica.» Así se expresaba Kania en su discurso inaugural ante el Pleno del Comité Central el 5 de septiembre. Esta versión de los hechos será en adelante la versión oficial de las huelgas, y que llevará en 1 de diciembre a la expulsión de Giereck y sus colaboradores del Buró político del partido.

(28) Su producción energética le ha permitido hasta 1978 poseer un saldo positivo en la balanza comercial energética. Por otra parte, sus exportaciones en el ramo de la industria química, alimenticia y siderúrgica indican una sólida implantación industrial.

No es ocioso recordar, pues es una de las características del caso, que Polonia es «liberada» desde el exterior, esto es, por las tropas soviéticas. Lo cual implica que la revolución socialista se hizo desde arriba y desde fuera, sin una base social previa que generase dicho movimiento. De este modo nos encontramos con una nación que posee estructuras feudales muy arraigadas, de carácter eminentemente agrario y donde el proletariado industrial tiene poca presencia cuantitativa y cualitativamente (29). La situación impone un doble imperativo para los revolucionarios socialistas: la necesidad de industrializar respetando —o al menos no enemistando— al mundo rural. La consecuencia es obvia: el mantenimiento de un sistema productivo basado en la pequeña propiedad agraria, insuficiente para generar un capital que permita ser reinvertido en la industria, y a su vez la exigencia a otros grupos sociales de sacrificios para comprar a precios remuneradores los artículos de consumo. Sobre esta base la política de hibernación del primer Gomulka no hace sino mantener estas estructuras consolidando una pequeña propiedad campesina e iniciando apenas la industrialización.

Cuando Polonia inicia su gran desarrollo industrial sólo puede producirse sobre la base de un doble expediente. Por una parte, sobre los empréstitos extranjeros, con la consiguiente agravación de su endeudamiento a cambio de la exportación de materias primas, típica dependencia tercermundista (30). Por otra parte, el desarrollo industrial precisaba la sobrexplotación del proletariado, que merced al estancamiento de sus salarios generará la plusvalía necesaria para la acumulación de capital. Polonia dejaba de ser un país fundamentalmente agrícola y una nueva clase social nacía, sobre la cual recaía el costo del crecimiento.

La política económica de los respectivos Gobiernos (desde Beirut a Kania, pasando por Gomulka y Giereck) declaraba prioritaria la producción de bienes de equipamiento en el sector productivo, el crecimiento

(29) La agricultura polaca constituye un caso atípico en los países socialistas. Vive todavía en un sistema muy primitivo y en una organización fundamentalmente a base de propiedad privada: el 77 por 100 de tierras cultivables pertenecen a agricultores privados y envejecidos, de los cuales el 30 por 100 disponen de media a dos hectáreas, y otro 30 por 100 de dos a cinco hectáreas. El resto pertenece a empresas estatales y a cooperativas. Cfr. Boyer, M.: "Les fausses manoeuvres de la gestion économique", en *Le Monde*, 28 agosto 1980.

(30) El endeudamiento ha alcanzado en 1980 el récord de 20.000 millones de dólares, que inscriben a Polonia a la cabeza de los países deudores, cuando en 1970 su deuda era de 800 millones. Es sin duda el país del COMECON más dependiente de la cooperación industrial con Occidente. Cfr. Gèze, F.: "Le poids de la dépendance à l'égard de l'Occident", en *Le Monde Diplomatique*, 319, octubre 1980, pág. 10.

de exportaciones y disminución de importaciones con el fin de amortizar y equilibrar el endeudamiento exterior, que estaba llegando a límites insostenibles, así como adecuar el déficit crónico de la balanza comercial. Las inversiones no productivas pasan a un segundo plano, con la consiguiente escasez de bienes de consumo: carencia de productos alimenticios, alza de precios, incluso en productos de primera necesidad, falta de medicamentos y artículos de higiene, situación crítica en el dominio de la vivienda, mal funcionamiento de los transportes, insuficiencia de equipamientos sociales (escuelas maternas, hospitales...).

Para Fiszbach, primer secretario del partido en Gdansk, esta situación se origina a causa de un mal reparto del producto nacional, que no contempla las necesidades de la población a causa de una centralización excesiva de la planificación y de la gestión (sin dejar nada a la iniciativa de las empresas e ignorando los reguladores económicos), de la ausencia de un sistema financiero coherente (31).

La situación del proletariado acaba siendo exasperante. Si ya eran ellos los que sostenían el costo del desarrollo, ahora se descubren pagando sus deudas y sus equivocaciones. Si el Gobierno encauza su política económica en función del endeudamiento exterior, ¿quién defenderá sus intereses? La posibilidad de unos sindicatos independientes empieza a abrirse paso como la única posibilidad de arbitrar el conflicto. De este modo a los problemas económicos se le superponen las exigencias políticas, al malestar originado por el cuestionamiento del nivel de vida se superpone la necesidad de encontrar cauces de defensa frente al Gobierno.

POSICIÓN DE LA IGLESIA

Si en el argumento geopolítico la Iglesia se ha distanciado abiertamente del poder, ante la situación económica la Iglesia se muestra crítica con respecto al conjunto de la población.

Le corresponde al cardenal Wyszyński popularizar la crítica. «Mientras venía esta mañana de Varsovia —dice en su famosa homilía del 26 de agosto— he observado atentamente los campos. En algunos se ha hecho ya la recolección e incluso estaban arados, en otros la recolección del trigo está haciéndose, en otros el trigo no está ni siquiera segado. No cabe duda que en algunos casos ha podido depender de las condicio-

(31) Cfr. *Polityka*, 35, 30 agosto 1980, cit., por Jampel, W.: "Choix erronés et dogmatisme", en *Le Monde Diplomatique*, 319, octubre 1980. pág. 10.

nes climáticas, pero también depende de la escrupulosidad y concientización del trabajador» (32).

Hay para el cardenal dos problemas distintos: Los referentes al sistema económico de organización y los referentes al sentido de la responsabilidad en el trabajo. Sobre los dos opina el cardenal en una homilía que posteriormente será retransmitida por televisión por primera vez en la historia, pero recortando lo referente a la crítica del sistema económico.

No cabe duda que hay, según el cardenal, un nivel de la crisis que no depende de los defectos del sistema económico, sino del nivel moral del trabajo y del sentido de responsabilidad profesional. Ante ciento cincuenta mil peregrinos que siguen su homilía habla de la responsabilidad en el trabajo, ya que, «aun cuando nos encontráramos ante la mejor estructura económica nos hundiríamos si abdicáis del trabajo» (no acierta *Le Monde* (33) cuando intenta reconducir la prudencia del cardenal a la posición «muy matizada» de la Iglesia católica frente al derecho de huelga. No es esto lo que está en juego en su intervención). «Cuando falta el trabajo diligente, incluso la mejor estructura económica se hunde y el resultado será que continuaremos aumentando sólo las deudas y los empréstitos... sin trabajo no hay bienestar.»

En ningún caso el cardenal ha explicitado cuál sería el mejor sistema económico. Hay razones para pensar que no se trata de volver al sistema capitalista. Sólo desde este convencimiento es posible entender la crítica del sistema que hace.

Tanto el cardenal como el Consejo central del episcopado al recordar en este contexto el derecho de propiedad individual lo refieren siempre a la gestión de la tierra en la agricultura, y siempre en razón de «su mayor eficacia, de reforzar la familia y la unidad del pueblo con la madre tierra». El cardenal observa un alto grado de desafección laboral, y en atención al dato sociológico polaco de una gran cohesión familiar propugna como posible vía de salida «una economía nacional en cierto modo familiar», esto es, «toda nuestra vida económica... y toda la vida social deben volverse hacia la familia... con la obligación de satisfacer las necesidades de la familia».

Las nuevas motivaciones y las nuevas necesidades pueden venir de una potenciación de la estructura familiar. Lo cual está muy lejos de significar que nos encontramos ante una Iglesia proverbialmente anti-

(32) Para las citas de la homilía, Cfr. *Il regno*, 426, 1980, páginas 420-424.

(33) Cfr. *Le Monde*, 28 agosto 1980.

comunista a nivel de organización económica. Si los obispos hubieran querido hacerlo, podían haber encontrado razones más convincentes. De hecho la prensa occidental y la oposición política en Polonia les ofrecía sobrados argumentos para ello. La Iglesia se limita en este caso a lo que es competencia propia: velar por ciertos valores, profesionales y familiares, por debajo y por encima de la organización económica.

Desde este prisma, la crítica nunca es de una «sola parte». Es la hora del examen de conciencia y nadie queda fuera de su juicio, ya que «la responsabilidad es común, puesto que común es también la culpa». Hay culpabilidad en la violación de los derechos personales, hay culpabilidad en la falta de defensa de los derechos, hay culpabilidad en la pasividad e insensibilidad hacia el bien común, social, familiar de la nación y del Estado. Se necesita hoy, dirá el cardenal, «el sentido de la responsabilidad no sólo para nuestros asuntos, sino también para toda la nación. El don de la libertad va unido hoy al trabajo puntual, honesto y con devoción».

¿Podrá el país alargar la situación de absentismo laboral y de anarquía social en un contexto de alarmante deuda exterior, de carencia de alimentos básicos, y de bajísimo índice de productividad? Si la Iglesia no quiere reducirse a una mera proclamación de principios tiene que contemplar los derechos de la colectividad que están profundamente amenazados por la crisis económica. Le corresponde al obispo de Gdansk movilizar la responsabilidad laboral de los ciudadanos mediante una exhortación que quizá sea la peor comprendida en la crisis: «Siempre he comprendido vuestras preocupaciones, vuestros dolores y vuestras penas, así como el derecho a hablar sobre los problemas que os incumben», y tras invitar a crear una atmósfera de «comprensión recíproca y sin odio», añade: «presentad vuestras reivindicaciones, pero proponed —si eso no depende más que de vosotros— terminar con el absentismo del trabajo». También aquí se ha querido ver la oposición de la Iglesia a la huelga.

A los seis meses, el 5 de diciembre, el Gobierno anuncia una «agravación de la crisis debida (entre otras causas) al estado de la economía». Se produce una llamada del Gobierno a las fuerzas responsables. A ella responden los sindicatos independientes y la Iglesia. La dirección de los sindicatos, tras indicar que «el derecho de huelga es la garantía esencial de la realización de los acuerdos del mes de agosto», afirma su voluntad de moderación y su renuncia a presentar nuevas reivindicaciones laborales. «Esta actitud, afirman, está motivada por la necesidad de permitir la estabilización de la economía.»

Por su parte, la Iglesia asume en este momento la postura más deci-

dida de ayuda y de colaboración con el Gobierno para salvar el deterioro económico de la nación. Pero no sin establecer una condición: «para superar las dificultades, afirma el comunicado de la Conferencia Episcopal del día 11 de diciembre, es necesario elaborar con una amplia representación de la sociedad un programa de reforma de la vida social, económica y política que será aceptado por toda la nación» (34).

3. Las contradicciones sociales

El conflicto de intereses existe también en los sistemas socialistas. Como reconocía el órgano oficial del partido, *Trybuna Ludu*, «el hecho de que la industria sea socializada no quiere decir que el conflicto entre trabajadores y sociedad haya sido resuelto, ni los conflictos entre estamentos, eliminados».

El reconocimiento claro y popular de que en el Este hay también problemas sociales sería una banalidad si no fuera precedida por una visión ingenua. Nadie lo ha expresado mejor que el conocido líder eurocomunista italiano Pajetta: «Había un tiempo, cuando yo era niño, en el que se pensaba que todo problema venía resuelto con la conquista del poder, con la abolición de las clases. Hoy, por el contrario, ya no nos maravillamos de que en los países socialistas surjan dificultades, si alguno se expresa con fuerza para hacerse oír a pesar de cierta sordera» (35).

Y estas dificultades son más hirientes en un contexto de crisis económica. Basta observar que catorce de las veintiuna reivindicaciones que originan la protesta obrera son de índole social. Y ninguna de ellas pudo ser desmentida en las negociaciones por parte del Gobierno, según consta en el protocolo final. Se denuncia la existencia de una economía subterránea que permite a un sector de la población vivir por encima de la crisis, mientras otros malviven. Se reconoce la circulación clandestina de divisas, cuyo tráfico ha sido prácticamente legalizado. Se constata que las clases privilegiadas (ejército, administración...) sostienen circuitos especiales de compra. Se declara insuficiente la asistencia social y las asignaciones familiares. Se denuncian las diferencias salariales. Se constata la insuficiencia de servicios sanitarios y escolares en los barrios obreros. Se protesta contra la edad de jubilación y sus pensiones y contra la obligatoriedad de horas extraordinarias en sábado y domingo.

Cada una de estas reivindicaciones se mostraba negociable separadamente. Sin embargo, ya el 28 de agosto, el líder obrero Walesa observa

(34) Texto en *Le Monde*, 14-15 diciembre 1980, pág. 2.

(35) Declaraciones al *Paese sera*.

en el transcurso de las negociaciones que «cuando nos pongamos de acuerdo sobre la cuestión de los sindicatos todo habrá quedado resuelto». Lo cual significa que aun en la hipótesis de aumentos salariales, de abundante carne en los mercados e incluso de cambio de dirigentes en los cuadros del partido, el movimiento obrero hubiera proseguido su lucha.

A través de una larga y traumática historia el movimiento obrero ha ido consiguiendo una intensa conciencia de emancipación, identidad y autonomía que le lleva en esta crisis a una pronta concentración en aquello que constituye el punto decisivo: los sindicatos independientes y autónomos.

En el sindicato ven los líderes obreros: *a)* un *contrapoder* que ejerza un efectivo control sobre la vida económica e impida temer la represión; *b)* un *correctivo* ante los desequilibrios sociales en base a la práctica de negociaciones, presión o huelga; *c)* una *autonomía* que exige necesariamente el reconocimiento del derecho de expresión, información, asociación y huelga, y *d)* una *estructura* que contenga elementos de fuerza y de resistencia para cambiar el sistema de relaciones laborales y para mediar entre la planificación y las necesidades de la población.

«En la situación actual no podemos obtener más, afirmará Walesa en el discurso de clausura de la firma del protocolo. Hemos obtenido una concesión enorme: nuestro sindicato, garantía fundamental para ulteriores conquistas futuras.» Los nombres que se le asignan sirven sólo para contraponerlo al sindicato existente. «Lo que nosotros queremos es un sindicato libre e independiente del Gobierno y del partido y, en consecuencia, nuevo.»

Dos pruebas decisivas le esperaban al sindicato: su registro civil y la radicalización de sus militantes. El primero constituye el test de reválida política que configura el clima del mes de noviembre. ¿Hasta qué punto son decisivas las cláusulas políticas acordadas en Gdansk? El partido no está dispuesto a compartir el poder con nadie, para lo cual el sindicato deberá hacer constar «que renuncia a convertirse en una organización política», reconociendo el papel dirigente del partido.

La radicalización progresiva de la base sindical marca los primeros días de diciembre y es uno de los factores que agudizan la crisis del país. La detención de Navozniak serviría de detonante. Se inician las ocupaciones, se solicita investigar las responsabilidades en las represiones de 1970 y 1976, se propone controlar el papel de la policía y de los servicios de seguridad. Es el momento en que se empieza a hablar oficialmente

te de «clima de anarquía», se teme por el debilitamiento de la autoridad de los dirigentes más «realistas», y se sospecha la llegada de un ajuste de cuentas con los más duros del partido.

POSICIÓN DE LA IGLESIA

Frente a las contradicciones sociales, la posición de la Iglesia es in-equívoca. En todo momento mantiene una proximidad práctica, un sostenimiento pastoral y un seguimiento teórico de las reivindicaciones obreras. Muestra en todo momento su identidad con sus reivindicaciones, ya que son «derechos debidos» (cardenal), «derechos inviolables» (episcopado).

Llama particularmente la atención la carta que dirige el Papa al cardenal el 20 de agosto, en la que afirma su total y plena participación en la experiencia que atraviesa su patria, sino que interpreta las reivindicaciones obreras como «un difícil esfuerzo que realiza el pueblo por el pan cotidiano, por la justicia social y por la salvaguardia de los inviolables derechos a la propia vida y al desarrollo». No se podría expresar mejor la total identificación que reconduciendo sus peticiones al pan, a la justicia y al derecho a la vida.

Por su parte, el Consejo central del episcopado polaco, a través de su declaración del 26 de agosto, recoge las reivindicaciones del protocolo de Danzig y las hace preceder de derechos inviolables: derecho a una existencia digna para cada familia, a la enseñanza y a la educación pública conforme a sus convicciones, derecho al pan cotidiano accesible a todos los ciudadanos según sus necesidades, derecho al trabajo según las exigencias de la dignidad y de la libertad del trabajador, derecho a la justa recompensa del trabajador.

Le corresponde al cardenal —al estilo del *pater familias* que aconseja en última instancia sin más valor que la propia autoridad— compatibilizar estos derechos con las mínimas hipotecas que imponía la geopolítica y los graves condicionamientos que proceden de la situación económica. «Quiero recordaros que somos una nación que está reconstruyéndose. Hemos llegado a la libertad a través de la ruina. Aún recuerdo cuando recién nombrado obispo de Varsovia andaba a mi catedral pasando por encima de cúmulo de escombros. Hemos reconstruido Polonia y esto no ha sucedido de un golpe. En la reconstrucción de Polonia se ha hecho mucho, pero todavía queda mucho por hacer.» Y en su intención de popularizar el mensaje, el cardenal alude a la experiencia de la vida cotidiana: «recordad la cantidad de peticiones que os plantean vuestras hijas que quieren vestirse elegantemente. Vosotros no las satisfacéis de

inmediato, sino que le decís: Bien, hija, comprendo, pero espera. También en la vida pública es necesario esperar».

La espera que propugna el cardenal está lejos de ser una estrategia de contención de las reivindicaciones. Ya ha quedado mostrado. Más bien es el prólogo de lo que vendría a ser la resolución, fundamentalmente, de la crisis: «aunque las exigencias puedan ser justas —y en general son justas—, la situación no es nunca de tal manera que pueda ser satisfecha de un golpe. Su realización debe ser por etapas. Es necesario dialogar de este modo: primero las exigencias que tienen una importancia fundamental; en un segundo momento, las sucesivas. Tal es la ley de la vida cotidiana».

La historia posterior de las conversaciones entre los obreros y el Gobierno muestra qué declaraban esencial y qué secundario. Lo esencial es la creación de sindicatos independientes, y para ello cuentan con toda la autoridad sin reservas de la Iglesia, que les hace saber, a través del Consejo del episcopado, su «derecho de asociación, a la independencia de los organismos representativos de los trabajadores y de autogestión».

4. Las contradicciones políticas

Para el movimiento obrero secundar la política de austeridad que exige forzosamente la situación supondría apoyar un sistema económico que le excluye totalmente del control y de la gestión. La ley de la planificación centralizada sigue siendo el axioma inviolable de las democracias populares, y en Polonia revista, quizá, su forma más dura.

La protesta obrera ha hecho saber que el régimen no asigna el control de la política productiva a organismos elegidos en las fábricas; que la planificación y el control quedan excluidos de la competencia de los consejos obreros, y que es nula la participación en el nombramiento y destitución de los dirigentes de las fábricas. La reivindicación obrera está, por ello, unida íntimamente a reivindicaciones de carácter político.

El monopolio de los medios de producción, como señalaban Kuron y Modzeleski en su célebre carta abierta al Comité central del POUP y por la cual serían expulsados del partido, produce una concentración de poder en pocas manos, y un vértice insaciable de ideólogos, políticos y técnicos. El poder viene secuestrado por un estamento burocrático que actúa por mantener el poder como una verdadera clase, hasta el extremo de que el burócrata como figura social es a la planificación lo que el capitalista era al capitalismo para Max: la encarnación de la voluntad impersonal del capital.

El nudo del problema consiste en saber si estos problemas son resolubles con instrumentos internos a la lógica del socialismo real o hay que retirar la confianza al poder político en su actual configuración.

Una posible respuesta constituye hoy el movimiento *disidente*. Para ellos es necesario retirar la confianza al régimen incluso en su vertiente reformista, y sostienen que las reformas se imponen como un movimiento externo a la vida del partido. Desde la oposición o desde el exilio ha ido ganando una amplia base social.

Polonia posee una larga tradición de oposición intelectual al régimen. Un momento decisivo lo constituye su articulación en el Comité de auto-defensa social (KOR). Nace en el contexto de los acontecimientos sociales de 1976 que originaron un tipo de represión «que desde hacía tiempo no había sido tan brutal y repetida»: los tribunales juzgaban sin pruebas, se despedía a obreros por haber intervenido en la protesta, se les negaba la defensa y la ayuda sindical, y aparecía de nuevo la tortura (36).

Ante esta situación «el pueblo no tiene otros medios de defensa contra lo arbitrario que la solidaridad y la ayuda mutua» (37). El KOR se propone ayudar a las víctimas de la represión, promover formas de defensa y de auxilio jurídico, económico y médico; informar sistemáticamente a la opinión pública de las violaciones de las leyes. De este modo se pretende lograr una democratización real del régimen como camino a una posible alternativa política, conseguir la unidad entre obreros e intelectuales que nunca había funcionado en Polonia, y crear plataformas de expresión que eviten una confrontación trágica con el poder, «un movimiento, como dirá uno de sus creadores, Kuron, de *affrancamento* de la sociedad».

Unidos por los mismos objetivos, el movimiento de oposición política posee un gran pluralismo interior que acoge a todas las corrientes políticas y culturales del país: intelectuales católicos, revisionistas, socialistas, troskistas... Acusados unas veces de inteligencia con organizaciones extranjeras y de conspiración contra los intereses políticos de la República popular, y otras veces de delitos comunes, se han convertido en la actualidad en la matriz de pequeños grupos que revelan distintas modalidades

(36) Los documentos fundamentales sobre el origen del KOR están recogidos en "La defense des Droits de l'home en Pologne", en *Istina*, 22, 1977, págs. 289-329. Allí se puede leer su acta fundacional y sus respectivas llamadas al pueblo, al Parlamento y a los intelectuales de Occidente.

(37) "Llamada al pueblo y a las autoridades", aparecida en 1976 y firmada por conocidos intelectuales de todas las tendencias ideológicas. Cfr. *Istina*, loc. cit., pág. 292.

de disidencia. A través de la cultura del ciclostil, huelgas de hambre, encierros en iglesias, cursos de universidad a distancia, revistas y periódicos forman e informan al pueblo y animan plataformas comunes a intelectuales y obreros.

Esta realidad le da una fisonomía propia al totalitarismo polaco, hasta el punto de poder ser calificado como «totalitarismo banal e ineficaz» (38).

La influencia decisiva del KOR quizá haya de encontrarse en la popularización de una teoría y una práctica de la resistencia. Michnik afirmaba en 1978 que «la única vía para la disidencia en los países del Este consiste en la lucha incesante por las reformas y por una evolución que amplíe las libertades cívicas y garantice el respeto de los derechos humanos». Propone participar «continua y sistemáticamente en la vida pública para crear hechos políticos bajo forma de acciones colectivas, lanzando soluciones alternativas». Esta estrategia debe articularse en instituciones obreras independientes del poder, para lo cual el modelo español de Comisiones Obreras le parece «excelente para el paso progresivo de una dictadura hacia formas democráticas» (39). Por su parte Kuron añadía que «las huelgas aisladas no ejercen influencia alguna... pero pueden transformarse en un movimiento social cuando la comunidad entera es objeto de un ataque por parte del Estado», como sucedía este verano con la subida del precio de la carne. En esta perspectiva se propone organizar «la representación de los trabajadores en una especie de comisiones obreras, implantar la autogestión universitaria, la organización autónoma de la prensa, la cultura y la ciencia... todo ello independientemente del Estado» (40). No cabe duda que todas estas teorías han penetrado fuertemente en Polonia. Acierta el instinto sociológico del poder cuando en el origen de la crisis detiene a los dos autores anteriormente citados.

La significación política de la crisis es doble. Por una parte está en juego la identificación entre el partido y el Estado, una visión totalizante de la función del partido que, como subrayaba el eurocomunista Gorgio Napolitano, se identifica de hecho con el Estado (41). La so-

(38) Duverger, M.: "La classe ouvriere dans les regimes communistes", en *Le Monde*, 26 agosto, donde llega a afirmar que "una dictadura cuyo jefe puede ser revocado por la presión popular no es totalmente dictatorial". También Smolar, A.: "Que peut faire l'opposition", en *Le Monde*, 2 septiembre 1980, pág. 4.

(39) Michnik, A.: "Une stratégie pour l'opposition polonaise", en *Pologne, une société en dissidence*, París, 1978, pág. 99.

(40) Kuron, J.: "Pour une plateforme unique de l'opposition", en *Pologne...*, op. cit., pág. 113.

(41) Napolitano, G.: Entrevista en *La República*, 28 agosto 1980.

cialización de los medios de producción sin una correspondiente socialización del poder político conduce, como advertía Bobbio, al despotismo de Estado, al poder incontrolado de una burocracia irresponsable (42).

Por otra parte está igualmente en juego la identificación entre Estado y sociedad. Las reivindicaciones obreras han manifestado una ruptura entre el poder y la sociedad. El divorcio entre el poder y las masas ha llegado también al bloque comunista y la identificación entre Estado y sociedad no se muestra viable tampoco en ellos. A nivel de conciencia cotidiana, en Polonia el Estado se vivencia como algo distinto: el Estado son los otros, «ellos». La amplitud de las reformas pedidas y la magnitud de los cambios concedidos muestran un gobierno aislado de la sociedad. Estamos ante un movimiento que se ha desarrollado fuera del área del poder y que plantea la cuestión en si puede el Estado reemplazar todos los verdaderos lugares sociales.

Al tiempo que se desarrolla el movimiento obrero empiezan a reclamar democracia en el funcionamiento del partido con la creación en el mes de noviembre de coordinadoras horizontales de organización al margen del partido, a denunciar la falta de confianza en el pueblo, la intolerancia frente a todo tipo de autonomía y el monopolio del poder.

La doble significación política de la crisis —identificación entre el partido y el Estado, y divorcio entre la sociedad y el poder político— es contemplada de distinta manera por parte de la Iglesia.

Referente a lo primero, mantiene la Iglesia un cuestionamiento radical y sin reservas de la identificación entre el partido y el Estado. «El derecho a la plena libertad civil... a la tolerancia fáctica y no meramente declarativa de las opiniones, a la expresión de la verdad y a la libertad de las propias opiniones, el derecho de asociación son para el Consejo del Episcopado valores permanentes que conviene recordar en esta hora.»

El lenguaje del Cardenal, a veces elemental por su propia exigencia de ser entendido por el pueblo, lo expresaba a través de un simil familiar: «como en la familia hay tareas de la madre que no pueden ser ejecutadas por el padre, y viceversa, tareas que deben ser ejecutadas por los dos, tareas de los hermanos mayores con respecto a los pequeños... Lo mismo sucede en la vida de la nación, *cuanto más rica es la vida nacional, más diferenciada».*

(42) Bobbio, N.: "Se la libertà non è socialista", en *La Stampa*, 3, septiembre 1980.

POSICIÓN DE LA IGLESIA

Referente al divorcio entre el poder político y la sociedad, la posición de la Iglesia es mucho más matizada. El Consejo permanente del Episcopado declara «urgente restaurar la confianza entre la sociedad y el poder que en un esfuerzo común pueda asegurar a la patria un porvenir mejor».

Para alcanzarlo, todos deben contribuir desde tareas específicas:

- a la nación polaca le corresponde «una renovación moral y social que le permita reencontrar la confianza en sí misma, en su porvenir, en sus fuerzas, despierte las energías morales y la disponibilidad al sacrificio para hacer frente a la pesadez del trabajo y a las renunciaciones necesarias que habrá que asumir». En función de este rearme moral —de esperanza y de confianza— se resitúa la Iglesia en la homilía del Cardenal;
- al Gobierno le corresponde «sostener a través de adecuadas garantías los pactos alcanzados que permitan el funcionamiento de la economía nacional y de la vida social en paz». El Episcopado es consciente del desgaste de confianza que ha habido en la reciente historia polaca a causa de no haber cumplido los pactos, y en cierto modo se ofrece como garante del compromiso;
- a unos y otros les corresponde mantener «un clima de tranquilidad y de orden interno» (Consejo del Episcopado), guardar «la calma, el equilibrio, la prudencia, la responsabilidad y el espíritu de trabajo» (Cardenal). Igualmente es necesario abrir «un honesto diálogo entre los comités de huelga y los delegados del Gobierno hasta encontrar una composición que vaya en interés de toda la nación» (Consejo del Episcopado). Lo cual no es posible sino a través de «una información honesta» (Consejo Episcopal) que ni esconda la verdad ni la secuestre.

En el último documento colectivo del Episcopado (12 de diciembre), ante el crecimiento de la anarquía social y la amenaza de la intervención soviética, la Iglesia se distancia de la oposición política y de la tendencia pro-soviética del partido. No quiere entrar en las posibles alternativas políticas. Afirma la necesidad de «oponerse a toda tentativa de detener el proceso de reforma nacional, de sembrar la discordia en la sociedad y de aprovecharse de las dificultades existentes para fines extraños al interés de la nación».

Parte segunda

EL CATOLICISMO POLACO

El catolicismo polaco presenta rasgos claramente diferenciales (43) que le convierten en un caso sin precedentes en las democracias populares y sin equivalente en los países occidentales. Su particular fisonomía exige rastrear su propia racionalidad a un triple nivel: histórico, sociológico e incluso psicológico.

1. El hecho diferencial del factor religioso en Polonia

Una primera lectura de la especificidad del hecho religioso en Polonia puede ser hecha en clave *histórica*. Desde sus orígenes, la autoridad civil y la episcopal son cofundadoras de la cristiandad a la vez que del «Estado» polaco. El bautismo de Polonia no pasa por la expansión misionera de los evangelizadores, sino que se descubre cristiana al tiempo que empieza a existir como nación.

Las estructuras eclesíásticas se implantan sólidamente desde un principio. La parroquia es un factor de organización social que se arraiga desde casi un milenio en el mismo tejido social. La presencia omnipresente de la Iglesia está íntimamente unida a la vida política y social de la nación.

En la actualidad no se trata propiamente de una confesionalidad del Estado, ya que su ordenamiento jurídico es laico, ni es el caso de un integrista religioso, ya que Polonia es lugar de encuentro de diversas tradiciones (bizantina y romana) con un amplio pluralismo confesional y una situación práctica de tolerancia religiosa, más bien nos encontramos ante una especie de confesionalidad social.

Se ha acuñado el término «polonidad» para constatar esa compleja realidad en la cual es decisivo el componente nacionalista. Cuando a finales del 78 los intelectuales del partido publican un «Informe sobre el estado de la república y sobre los medios para salvarla», reconocen con un gran instinto sociológico que «para un polaco después de la familia y de los amigos existe sólo la nación polaca con su historia y su pre-

(43) Basta observar las manifestaciones públicas de piedad popular, la vitalidad pastoral y la intensa actividad editorial en materia religiosa. Según la Oficina de Prensa del Secretariado de la Conferencia Episcopal, había en 1978 19.913 sacerdotes y 5.325 seminaristas, con 27 seminarios mayores y 17 casas de formación religiosa. Cfr. *Documentación catholique*, 19 febrero 1978, pág. 193.

sente. La nación es entendida como federación de familias y todo lo demás no suscita ningún sentido de participación» (44).

«El factor polaco» ha sido la nota dominante en los acontecimientos huelguísticos. Incluso en los momentos más solemnes, como puede ser la firma del protocolo final, se oye: «Señor presidente... Señor primer ministro... hemos demostrado que los polacos pueden siempre comprenderse..., hemos discutido como un polaco debe discutir con otro polaco.» Se cantaba el himno nacional cuando la Internacional no era capaz de movilizar a nadie, rodeados siempre por una intensa simbología religiosa.

La particular historia de la nación polaca plantea de continuo la grave cuestión de «cómo permanecer polaco». Los tres modelos de realización nacional que ha conocido Polonia en los tiempos modernos —la Polonia dividida y repartida entre sus vecinos en los siglos XVIII y XIX, la fugaz experiencia de la restauración en 1918 con un gran componente clerical, y la Polonia sometida a la Alemania nazi o al socialismo soviético— no han permitido contestar a esta pregunta. De este modo, ante la realidad cambiante que ha sido el estado polaco, la nación ha encontrado su identificación en el catolicismo y su organización social. Hasta la misma resistencia nacional nace de una constante afirmación del ser católico (45).

Si la razón histórica y la razón sociológica se envuelven en ecos emotivos, aparecerá una componente mesiánica muy profunda. Se ha podido ver en los últimos años, a raíz de la elección del «primer Papa eslavo». Basta observar la carta colectiva que el Episcopado manda leer en las iglesias en ocasión del viaje del Papa a Polonia: «En el curso de la historia ha sucedido más de una vez que nuestra nación ha estado llamada en ayuda de la Iglesia y de la familia humana... «nosotros hemos salvado del naufragio a la santa Iglesia que vive y actúa en Polonia, llenando de estupor al mundo entero»... «en el momento que la laización domina al mundo, de improviso los ojos del mundo entero se vuelven hacia Polonia. Si hay un país que en medio de la lucha y de las persecuciones, del sufrimiento y de las pruebas ha salvado la propia fe, la propia independencia de espíritu y la paz en Cristo, si este país es Polonia, ¡venga de Polonia aquel que ayudará la Iglesia universal y toda la familia humana en peligro!»... «la familia humana se vuelve a nuestro hermano llamado a la cátedra de Pedro: salva la cristiandad,

(44) Plongerón, B.: «Jean Paul II en Pologne», en *Etudes*, 351, agosto 1979, pág. 233.

(45) Bukowski, J.: «Un mode de vie adapté à l'âme d'une nation», en *Le Monde*, 6 noviembre 1980, pág. 2.

salva la fe de la humanidad en Dios, salva la paz del mundo, salva la cultura de la familia humana, traenos un nuevo relanzamiento de la fe» (46).

Por supuesto que la componente mesiánica no ha sido creada por el «Papa eslavo», ya antes había informado la propia literatura polaca, pero sí encuentra una proyección del yo colectivo (47). La espiral mesiánica se desarrolla por sí misma y es reavivada por el viaje del Papa a Polonia: los obispos afirman que la elección del Papa es un reconocimiento del carácter ejemplar de su Iglesia; el Papa responde que «el misterioso designio de la Providencia» que le ha llevado al pontificado hace particularmente responsable el testimonio de la Iglesia polaca; y ésta finalmente dice que «los polacos han de estar a la altura de lo que el Papa había dicho sobre el derecho del hombre y la promoción de la sociedad». En este sentido es legítimo ver en el verano del 80 la consecuencia del verano del 79 (viaje del Papa) a condición de que ambos se resitúen en la matriz mesiánica (48).

2. Las funciones del factor religioso en la crisis polaca

El hecho diferencial del factor religioso se ha traducido en unas peculiares funciones que conviene determinar:

a) *El factor religioso como simbólica de sublimidad*

La protesta obrera ha poseído una fotogenia primariamente religiosa: una enorme cruz erguida frente a las minas, el crucifijo que preside la mesa de negociaciones, el rosario al cuello de Walesa, la misa casi diaria que convoca a miles de obreros, confiesan al aire libre y comulgan... No cabe duda que los obreros han encontrado en la religión el marco de expresión simbólica. A través de él la protesta se reviste de sublimidad, se logra una especie de liturgia que afianza los lazos de solidaridad orgánica y se consigue una experiencia profundamente comunitaria.

La puesta en escena no oculta en este caso las contradicciones, sino que las revela mediante el lenguaje que mayor fuerza tiene entre los

(46) *Documentation catholique*, 3, 1979, págs. 114-115.

(47) Para el desarrollo histórico del mesianismo polaco puede verse Halecki, O.: *Storia della Polonia*, Roma, 1966, en especial el capítulo 22 sobre la Polonia romántica.

(48) Ofredo, J.: "Été polonais. L'Eglise a évité l'écueil du triomphalisme", en *Informations catholiques internationales*, 555, 15 octubre 1980, 9. Accattoli, L.: "La grande festa della cattolicite polaca", en *Il Regno*, 399, 15 junio 1979.

participantes; tampoco funciona como la unión sagrada entre intereses divergentes (los protagonistas de la simbólica son sólo una de las partes). Más bien nos encontramos con un vocabulario, un ceremonial y un drama histórico intemporal (la Eucaristía) que expresa y asume en su interior el drama histórico de un pueblo. Como narración dramática encierra pensamientos y sentimientos, comportamientos y emociones que representan simbólicamente su lucha y la cargan de motivación y de fuerza.

Ese ceremonial no está en este caso enmarcado ni por la Internacional ni por las fotos de Marx o Lenin, ni por la bandera roja (aunque sólo fuera porque la vieron ondear sobre los tanques de Praga) ...sino en el interior de una simbólica religiosa tradicional en torno a la cual se reconocen y marcan una radical alternativa entre ellos y el poder.

b) *El factor religioso como «corazón de un mundo sin espíritu»*

En la primera parte de nuestro estudio hemos subrayado las contradicciones geopolíticas, económicas, sociales y políticas que provocan la crisis. Este es su origen y fundamento. Es evidente que el factor religioso no actúa ni como presa de contención ni como ocultamiento de esa realidad, sino como cauce no sólo expresivo sino motivador. Una función similar fue ya intuida por Marx, quien a su clásica tesis de la religión como opio del pueblo hacía preceder «la religión como corazón de un mundo sin corazón» (49).

c) *El factor religioso como memoria prohibida*

Si la historia de Polonia como nación sólo conoce la desmembración o el sometimiento, es lógico que la religión (con sus instituciones y sus prácticas) se haya convertido en una especie de nación continuada, tanto más fuerte cuanto mayor sea la amenaza. El hundimiento de la nación como nación posibilita a la religión ser el vector cultural y la fuerza nacional más poderosa, así como realizar funciones de suplencia en el dominio público y en el privado. La parroquia no es sólo un lugar cultural, sino la subsistencia cultural de un pueblo: con sus escuelas donde se enseña en polaco el catecismo y la literatura, con sus clubs donde se ofrece el folklore y los clásicos del país, con sus cooperativas agrícolas... Ella educa a las jóvenes generaciones en la memoria prohibida: transmite la historia nacional oralmente hasta convertirse en epopeya, y se aprenderá el catecismo junto a los himnos nacionales. Hasta el extremo que

(49) Marx, K.: "Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel", en *Sobre la religión*, Salamanca, 1974, pág. 94.

todo acto religioso (procesiones, peregrinaciones...) es a la vez una demostración patriótica.

d) *El factor religioso como espacio de libertad*

En una situación de unificación ideológica, con fuertes mecanismos de adoctrinación, la presencia del factor religioso, con su fuerza ideológica e institucional, ha permitido al pueblo conservar una cierta autonomía ante el poder, hasta el extremo que el monopolio del partido no es prácticamente reconocido por nadie. Y no sólo porque, como reconocía el editorial de *Le Monde*, se prefiera la parroquia al comité o se preste más oído al Papa que al Secretario general (50), sino porque el pluralismo fáctico que ello comporta ha impedido la «reducción *ad unum* del pueblo» (51). En cierto modo, como advertía Duverger, «este hecho entraña un pluralismo real a nivel de ideologías y de instituciones con el cual el Gobierno tiene que contar; entre ellos se establecen relaciones de colaboración conflictiva: cada una de las partes respeta a la otra a condición de ser a la vez respetada» (52).

e) *El factor religioso como generador de nuevas motivaciones*

Cuando Anna Walentynowicz, la líder obrera cuyo despido de la «Lenin» provocó la huelga del 14 de agosto, saca de su bolso una imagen del Cristo sufriente y le responde al periodista: «Mirad, éste ha sufrido y muerto siendo inocente; él es para mí un modelo a seguir. Yo no he tenido ni infancia ni juventud, ya que mis padres murieron en 1939, cuando yo tenía diez años. Esto me ha ayudado a consagrar toda mi vida a aquellos que sufren. Yo no puedo dormir serenamente cuando yo sé que hombres, mujeres y niños tienen hambre, sufren y son víctimas de injusticia» (53), la líder obrera ha recuperado un lenguaje de liberación que ciertas tradiciones han agotado por vanalización.

3. La Iglesia ante el socialismo

¿Cómo se autocomprende la Iglesia polaca frente al socialismo? De la respuesta a esta pregunta depende en última instancia su participación

(50) Editorial *Le Monde*, 26 agosto 1980.

(51) Editorial *La República*, 26 agosto 1980: «Il ghiacciaio comincia a sciogliersi».

(52) Duverger, M.: «La classe ouvriere dans les regimes communistes», en *Le Monde*, 26 agosto.

(53) Cit. por Offredo, J.: «Été polonais», en *ICI*, 555, 15 octubre 1980, pág. 7.

en la crisis y las estrategias globales que juega con respecto al movimiento de protesta obrero.

a) *Autoconciencia de Iglesia*

En el panorama polaco coexisten dos formas de entender el ser de la Iglesia en el interior del régimen socialista. Ciertamente, cada una de ellas es de hecho modulada con matices distintos, pero puede ser provechoso tipificarlas.

Un sector del episcopado con una amplia base de católicos han hecho un redescubrimiento de la Iglesia como fuerza espiritual, perfectamente delimitada frente al ámbito político en cuanto que sus intereses quieren ser solamente religiosos. Le corresponde defender en exclusiva la dimensión religiosa, para lo cual se centran en la defensa de la libertad religiosa y les basta garantizar una situación satisfactoria para la realización de la misión eclesial. Les preocupa fundamentalmente acabar con la hostilidad del régimen frente a la confesión religiosa. Y reconocen, por otra parte, las realizaciones positivas del régimen comunista.

Muy críticos en lo referente a la legislación y práctica sobre el estatus de la religión, esta forma de ver las relaciones con el socialismo aboca al pacto concordatario, a la colaboración con los objetivos legítimos de desarrollo y de justicia que persiguen los poderes públicos siempre que vayan en beneficio de toda la nación. Llegarán, incluso, al *non possumus* y si fuera necesario al encarcelamiento por defender los derechos espirituales de la Iglesia, cuyos puntos neurálgicos fueron la injerencia en el nombramiento de obispos y sacerdotes, la censura en la prensa católica, la reducción a la sacristía, el impedimento de la catequesis o el apoyo al ateísmo militante. Tienen muy claro que no es posible un anticomunismo indiferenciado, sino que reconocen, tanto fáctica como éticamente, que el régimen no es satánico, sino que ha traído grandes conquistas sociales. La memoria histórica, en este caso del cardenal Wyszyński, recuerda que Polonia ha tenido unos interlocutores (nazis y estalinistas) mucho peores, y en ningún caso les resulta deseable volver a una organización capitalista. Se distancian en su acción de toda colaboración con los movimientos anticomunistas, y en concreto con el K. O. R., en cuanto proyecta una Polonia fuera del sistema socialista. El distanciamiento de Walesa, en un cierto momento de la crisis (después de haber sido recibido por el cardenal), del movimiento KOR encuentra aquí su clave de lectura.

El movimiento católico que más se acercaría a esta forma de ver las

cosas sería la asociación Pax, que es hoy el mayor movimiento católico en Polonia. Fundado hace treinta y cinco años por Piasecki, cuenta hoy con 20.000 afiliados y seis representantes en el parlamento. Es un movimiento socialmente progresista, abierto al sistema socialista, al cual exigen la renovación. Se proponen contribuir, tanto teórica como prácticamente, al desarrollo democrático del socialismo real en una dirección cada vez más nacionalista y democrática, en cuanto que «las reformas son la única esperanza del socialismo». Han diagnosticado la crisis actual como un efecto del mal gobierno y no del sistema, a la vez que ven la necesidad de mantener en los estatutos de los nuevos sindicatos «las tres condiciones básicas sin las cuales no hay socialismo; el papel-guía del partido, la alianza con la Unión Soviética y la socialización de los medios de producción» (54). Después de haber vivido graves tensiones con el episcopado, viven en la actualidad un momento de distensión. Con invitación personal del cardenal asistieron al encuentro de laicos católicos con el Papa.

Este realismo pragmático que lleva a una especie de compromiso histórico no es compartido por otro sector del episcopado con sus respectivas bases eclesiales. En su lugar aparece otro modo de autocomprenderse la Iglesia en el interior del régimen socialista. La Iglesia, para éstos, ha de servir desde su propia tradición a la libertad civil y a la dignidad humana. No le es suficiente la libertad religiosa ni el pacto mientras no se logren estos objetivos. Tiende a delimitarse como un ámbito propio frente al Gobierno, ante el cual se muestra abiertamente crítica. Esta posición puede rastrearse al menos desde las huelgas de 1970 a través de declaraciones episcopales. Una primera serie de declaraciones conciernen a la justicia social: el poder debe tener en cuenta las reivindicaciones legítimas de los trabajadores y renunciar a las represiones arbitrarias (carta de los obispos a la población el 29 de diciembre de 1970). Después de los acontecimientos del 76 y las detenciones de obreros, las asambleas plenarias del episcopado insisten para que se levanten las condenas y las sanciones a los obreros que participaron en la protesta. Igualmente se oponen a la modificación de la Constitución cuando pretendía incorporar a la misma los pactos con la Unión Soviética. En la asamblea plenaria de 1978, el discurso se relaciona directamente con las libertades cívicas y los derechos humanos, sobre los cuales tiene que construirse la paz social (55).

(54) Cfr. Entrevista con el presidente de Pax, Reiff, Ryszard: "Il compromesso storico polacco", en *Il Regno*, 18, 15 octubre 1980, páginas 410-411.

(55) Vaucelles, L.: "Les relations Eglise-Etat en Pologne", en *Etudes*, 351, noviembre 1980, pág. 455.

En esta dirección se encuentran igualmente algunos clubs de intelectuales católicos y de parroquias universitarias y revistas (56). Especial importancia ha tenido el K. I. K. (Club de los Intelectuales Católicos), que es un movimiento de presión, sin representación parlamentaria, que se propone la mediación entre la clase obrera y el Gobierno. De él proceden cinco de los diez miembros de la comisión de expertos que ayudarían al Comité Interempresas en la redacción del protocolo final de la huelga, y en la actualidad ayudan en su sede a la confección de nuevos estatutos sindicales. Es curioso que acusen a Pax de filocomunista. El más significativo es el grupo Znak-Odiss (Centro de Documentación y de Estudios Sociales) por su proximidad a las posiciones del entonces cardenal Wojtila. Nace como grupo de intelectuales, posee 4.000 afiliados y cinco representantes en el parlamento. Su objetivo es la animación de un movimiento social capaz de penetrar en la clase obrera y de ayudar a su formación a través del pensamiento social de la Iglesia. Aceptan la realidad socialista como una cuestión de hecho, situándose en una línea liberal y democrata cristiana (57). Gozan de la simpatía abierta del episcopado y de los sacerdotes, lo que les supone un gran crédito e influencia real ante la opinión pública que no puede pretender Pax. Ha tenido el coraje de no replegarse a las intimidaciones del Gobierno, aun cuando fueran expropiados parte de sus bienes. En la crisis actual han abogado por una solución política de la crisis que fuera más allá de los aspectos puramente económicos, y se propone ser un grupo de presión que abogue por la realización de los acuerdos de Kdansk (58).

Las dos posiciones analizadas están siendo últimamente convergentes a raíz del viaje del Papa a Polonia. Quizá sea ésta la significación intraeclesial más importante de su visita. El punto de inflexión pública puede verse en el discurso de Juan Pablo II a los obispos polacos el 5 de junio, cuando la garantía de una verdadera libertad religiosa aparece intrínsecamente ligada al respeto de los derechos fundamentales del hombre. El Papa se expresó en este punto con la mayor claridad: «El diálogo auténtico debe respetar las convicciones de los creyentes, asegurar los derechos de los ciudadanos y las condiciones normales para la

(56) Las de mayor audiencia son: *Znak, Wiez y Tygodnik Powszechny*.

(57) Strazzari, F.: "Dopo-Danzica: grande entusiasmo, sottili differenze", en *Il Regno*, 18, 15 octubre, pág. 409.

(58) A este grupo pertenece el diputado católico Ozolowski, que ha sido nombrado el 21 de noviembre viceprimer ministro. El grupo al cual pertenece ha sido formado en 1976 por aquellos militantes de Znak que, contrariamente al resto, aceptaron la inscripción en la Constitución del papel dirigente del partido y la alianza con la Unión Soviética.

actividad de la Iglesia... en favor de la normalización de las relaciones entre la Iglesia y el Estado en nuestra época, la causa de los derechos humanos —entre los cuales el derecho a la libertad religiosa posee una significación indudable fundamental y central. La normalización de las relaciones entre la Iglesia y el Estado constituye una prueba práctica del respeto de este derecho y de todas sus consecuencias en la vida de la comunidad política» (59).

La evolución ha sido decisiva en la crisis actual, al lograr una amplia unidad en el episcopado.

b) *Tareas de iglesia ante la crisis*

La unidad alcanzada en la institución eclesial no ha impedido a lo largo de la crisis desempeñar dos tareas que parecen contrapuestas y excluyentes, esto es, ser a la vez un factor de movilización y de estabilidad.

Para unos la Iglesia, en el interior de la crisis polaca, debía ser un factor de *estabilidad*. Se oponen a la aventura política por razones éticas, teológicas y por un sentimiento nacionalista muy vivo. Se quiere evitar de este modo una confrontación entre los obreros y el Gobierno que llevase a un callejón sin salida, y cuyas consecuencias serían lamentables tanto por el costo de vidas humanas como por el previsible cambio de interlocutor (quizá mucho más duro). Desde esta perspectiva, la Iglesia no quiere contribuir a explosiones incontroladas susceptibles de traer consecuencias dramáticas para el pueblo y para el porvenir de la nación.

Las continuas llamadas a la responsabilidad y al realismo son los exponentes más claros de esta forma de ver las cosas. Aunque se les reconoce la razón a los obreros (nunca se dejó de hacer), y se presenta una crítica radical al capitalismo como alternativa (nunca estuvo para ellos en juego el sistema socialista), sin embargo abundarán las llamadas a la prudencia, a la moderación, al equilibrio.

La posibilidad de instrumentalizar esta función de Iglesia es lo que justifica el lanzamiento «filtrado» por televisión de la homilía del cardenal Wysinski. Con pequeñas correcciones o censuras que eliminen los elementos movilizadores, es posible capitalizar la Iglesia a favor del régimen, con la consecuente decepción por parte de los obreros.

Para otro sector de la Iglesia institucional se debe apoyar incondicionalmente la huelga, en cuanto que la Iglesia es aquí y ahora un factor

(59) *Documentation catholique*, 1 julio 1979, pág. 621.

de *movilización* que ejerce incesantemente la crítica ante el sistema político. En la huelga se dilucidaba para ellos la sinceridad de la Iglesia en el proceso de democratización del país. Es necesario sostener la lucha por la promoción de las libertades democráticas, y la denuncia de las ambigüedades del régimen aun a costa de grandes sacrificios. Recordar, entonces, el derecho a la independencia y a los sindicatos libres es esencial a la misión de la Iglesia.

La posibilidad de esta lectura explica la censura de la carta del Papa al cardenal, que no sería publicada por ningún órgano oficial del partido.

Le iba a corresponder a la Conferencia Episcopal anuar las dos posturas a través de la consecución de unos objetivos que a todas luces se mostraban necesarios desde una perspectiva evangélica: posibilitar el diálogo y recrear el consenso social.

Tanto los observadores de dentro como los de fuera coincidían en señalar las dificultades de una solución pacífica de la crisis. La Iglesia juega entonces el papel de «sentarles a la mesa» en vistas a un diálogo que se había hecho imposible. Para ello exigía a los obreros moderación y al Gobierno garantías. Se apuesta de este modo por una salida política a la crisis. No es posible romper el orden político, para lo cual se exige a los obreros que lleguen hasta donde puedan conseguir y no aprovechen excesivamente su propio éxito, y al Gobierno se exige que llegue mucho más allá de lo que una lectura superficial desde la geopolítica permitiría, ya que en el interior del régimen hay todavía muchas posibilidades inéditas de transformación que no suponen el cambio de régimen.

Con la salida política a la crisis se intenta conseguir un mínimo consenso social por encima de las partes. La situación del país necesitaba recuperar la confianza aunque sólo fuera para salir de una situación económica dramática que imponía enormes sacrificios. Como ha señalado el gran filósofo disidente marxista Kolakowski, la pérdida de credibilidad del partido había convertido a la Iglesia en «la única autoridad moral universalmente reconocida en el país; mientras nadie confía en Giereck, todos confían en Wyszynski» (60).

c) *Estrategia eclesial*

La salida política de la crisis y la creación de un consenso social determinan la modalidad de presencia y de gestión de la crisis por parte

60) "Tiefschlag für Polens Systems. Interview mit Kolakowski", en *Rheinischer Merkur*, 35, 29 agosto 1980, pág. 1.

de la Iglesia. Su presencia está presidida por una doble estrategia: por una parte, mostrar una neta solidaridad con los huelguistas a través de una presencia constante y firme en los lugares de conflicto. Y por otra, mantener una cauta prudencia en el campo oficial y en el terreno de las declaraciones solemnes.

De este modo se creía capaz de hacer un seguimiento de una crisis muy compleja que poseía en su interior muy diversos significados. En la primera parte de este artículo hemos visto los diferentes problemas que convergen —geopolíticos, económicos, sociales y políticos—, y la posición que se mantiene ante cada uno de ellos. El juicio concreto dependía en cada momento de la relación de fuerzas y de componentes situacionales que sólo eran percibibles desde la presencia dialogante y comprometida en las veinticuatro horas del día.

Con esta doble estrategia, la Iglesia pretende situarse igualmente en el cruce de una triple demanda que protagonizan los obreros, los disidentes y el partido. El movimiento obrero necesita a la Iglesia como portavoz de sus reivindicaciones, los grupos disidentes la necesitan como soporte de su acción y el partido como elemento moderador.

La triple demanda es aceptada por la Iglesia a la vez que la resitúa cada una en la amplitud de la crisis y en los objetivos que se había propuesto. El movimiento obrero encuentra en ella un portavoz cualificado, absolutamente firme en los puntos esenciales, pero también —y no todos lo comprendían— les ofrece una conciencia crítica del propio movimiento al enfrentarse continuamente con la responsabilidad del trabajo, «sin el cual no subsiste ni siquiera el mejor régimen posible». La insistencia del cardenal en lo que él llamaba «examen de conciencia» y en su *retornello* «todos somos responsables de la crisis» iba a causar malestar en el movimiento.

Por otra parte, los grupos de oposición al régimen encuentran en ella una gran comprensión a la vez que una especie de asilo político (61). A su servicio se abren las parroquias que reúnen a grupos disidentes y sirven de plataforma a la Universidad paralela y clandestina, y de lugares de manifestación y de protesta; pero también —y no todos logra-

(61) La oposición política ha pasado por dos posturas distintas frente a la Iglesia. En un primer momento fue de desconfianza absoluta por entender que defendían sus exclusivos intereses, “oscurantista y defensora de sus posiciones de privilegio”, la califica Michnik. En el momento actual se reconocen los valores de un cristianismo abierto y antitotalitario (Kolakowski). Para este tema puede verse la obra de Michnik: *L'Eglise et la gauche. Le dialogue polonais*, Seuil, 1979, páginas 178-179.

ron comprenderlo— les muestra claramente su distanciamiento del carácter político de su disidencia afirmando que ella no entra en el papel de elegir entre tal o cual tendencia del partido, persona o régimen. Es evidente su distanciamiento del anticomunismo de ciertas tendencias del K. O. R.

El Gobierno busca en la Iglesia la única fuerza social capaz de mediar en la situación, y quizá el interlocutor único en condiciones de moderar la protesta. Pero también encuentra en ella —y no todos lo comprendían— la instancia crítica que le fuerza a proseguir las reformas y que incluso está dispuesta a avalar las promesas y a constituirse en contra-poder en el supuesto de que hayan represalias hacia los obreros, y a mediar entre el poder y los nuevos sindicatos (62).

A MODO DE CONCLUSION CATOLICA

Toda experiencia eclesial ayuda a desvelar nuevos rasgos del rostro de la Iglesia en el momento que la experiencia concreta de una Iglesia local puede ser celebrada y asumida como un bien de la Iglesia total. El factor católico nos obliga a profundizar la experiencia hasta poder extender su testimonio a Bolivia y a El Salvador, a Italia y a España...

La prueba de la catolicidad es lo que permite diferenciar el comportamiento meramente táctico, de la acción motivada por la fidelidad evangélica. Cuando el tema del derecho civil a la libertad religiosa entró en las aulas conciliares del Vaticano II, el concilio tuvo que superar —y costó hacerlo— la doble lógica por la cual se reclamaba libertad allí donde la Iglesia era minoría y la necesitaba; y por el contrario se quería mantener la confesionalidad donde resultaba socialmente ventajosa para los intereses de la Iglesia. Finalmente se impuso el criterio católico y logramos universalizar un valor evangélico.

Mientras vivir en Polonia no sea homologable a vivir en España, mientras los tanques de Polonia asusten más que los tanques en Bolivia, mientras los obispos polacos obtengan mayores solidaridades que los obispos de El Salvador... no habremos logrado realizar la catolicidad de la Iglesia.

Con el fin de proceder a un examen católico de la crisis polaca, quie-

(62) El apoyo que la Iglesia ofrece al Gobierno en los últimos días de la crisis, y su distanciamiento abierto de la oposición, ha producido un cierto malestar, en especial, en los cristianos de la antigua sede del Papa.

ro mostrar brevemente la herencia y la ambigüedad del factor religioso en Polonia.

Hemos celebrado que en la crisis polaca la Iglesia no se haya reducido a ser el dique de contención de la protesta popular, sino que haya sabido ser igualmente un factor de movilización. Acostumbrados a lo primero, habíamos llegado a sospechar su identificación con el factor de conservación.

Por lo mismo, hemos celebrado que la Iglesia no haya sido «beata» del poder popular. En su lugar se ha situado frente a él de manera crítica. No se ha limitado a declarar revelado el movimiento popular. Su gran testamento para la catolicidad consiste en mostrar en acto cómo se puede ser fiel al pueblo ayudándole a descubrir sus ambigüedades, los costos de las demandas y las dimisiones de las responsabilidades.

Hemos celebrado que la Iglesia no haya ideologizado el poder. A fuerza de ver en Occidente una Iglesia frontalmente opuesta al sistema comunista, nos habíamos convencido que quizá le era esencial al catolicismo. En su lugar nos hemos encontrado con una Iglesia dialogando con los comunistas, a veces críticamente y a veces desde la colaboración; pero siempre sin ser determinante su ideología. El poder socialista quedaba así desideologizado. La memoria histórica de aquella Iglesia se encargó de recordar que el «telón de acero» no divide a buenos de malos, ni a infiernos de paraísos. Su testamento católico consiste en ver en acto cómo se puede reconciliar la oposición a veces con la colaboración leal otras. Lo cual sólo es posible si la ideología no se convierte en realidad demoníaca, y se sabe extender la responsabilidad pastoral por su pueblo más allá de la condición confesional o atea. Su testamento católico consiste en saber asumir unas responsabilidades globales que le lleven a ayudar tanto al Estado como al Gobierno como a los partidos.

Hemos celebrado igualmente un nuevo estilo de seguimiento pastoral por parte de la jerarquía. Sin declaraciones solemnes ni documentos vacuos se ha optado por la presencia constante en los lugares donde se dirimía la crisis. Desde la compañía leal y sincera se intentaba decir la palabra humilde que era acompañada por el gesto concreto. Lo cual sólo era posible en la total confianza en la responsabilidad del laicado. Esta forma de contemplar el ministerio jerárquico hace avanzar más la desclericalización de la Iglesia que el cúmulo incesantes de proclamas al respecto.

Por lo mismo, hemos celebrado el alumbramiento práctico de otro

tipo de intelectual cristiano. Se ha observado desde distintos puntos que la fuerza del movimiento polaco ha residido en la conexión entre la protesta de los obreros y el apoyo de los intelectuales. Mucho ha contribuido el haber sabido crear un lenguaje y un patrimonio cultural común a las dos clases por el cual podían reconocerse (63), pero sobre todo el haberse identificado en una esperanza que les ha llevado a estar juntos. Cuando los intelectuales marchan al lugar de la crisis y crean la comisión de expertos en las mismas fábricas, porque «no es suficiente firmar manifiestos, sino que es necesario testimoniar concretamente la solidaridad» (64), se alumbra una figura de intelectual cristiano muy lejos del que hemos visto pulular por otras partes.

Hemos celebrado el alumbramiento de una Iglesia local que desde su independencia y particularidad ha logrado construir la comunión con el papado como auténtico confirmador de la fe.

Hemos celebrado que esta vez la Cruz de Cristo no fuera traída por sus «guerrilleros», sino por los obreros, a quienes no se les puede acusar de enemigos del pueblo, «quizá uno de esos casos en que la fantasía de la realidad va más allá de la potencia de lo imaginario» (65). Hay que tomar nota de que ambos pueden emitir un mismo lenguaje de liberación, aunque para ello «debamos desconfiar de nuestros reflejos ideológicos» (66).

(63) Alberoni, F.: "Che cosa unisce intellettuali e lavoratori polachi", en *Corriere della Sera*, 26 agosto 1980, pág. 1.

(64) Offredo: Art. cit.

(65) Baget-Bozzo: "Eppure il cardinale ha detto la verità", en *La Repubblica*, 28 agosto 1980.

(66) Sevegrand: "Vive les Polonais", en *Lettre*, 264, octubre 1980, págs. 2-4.